

Wittgenstein y la filosofía austríaca

Max Fernández Castro
Alberto Espinoza Montero

Rudolf Haller. 1988. *Questions on Wittgenstein*. London: Routledge.
149 pp.

La vida y la obra de Ludwig Wittgenstein, no obstante que han sido objeto de numerosos estudios, permanecen aún envueltas – al menos en algunos aspectos – en un halo de misterio. Esto se debe, además de a la complejidad de la materia, a que muchos tópicos que se han acumulado en torno a ella se dan por sabidos sin ulterior investigación. El libro del profesor Rudolf Haller, *Questions on Wittgenstein*, como su título sugiere, intenta elucidar algunos de esos aspectos al plantear y responder preguntas de engañosa sencillez. Dividida en nueve capítulos cortos y relativamente independientes, la obra pone en tela de juicio varias interpretaciones ya tradicionales del pensamiento de Wittgenstein y esclarece sus relaciones con el Círculo de Viena, con Weininger, Spengler y Mauthner, entre otros.

Los dos primeros capítulos cuestionan los vínculos de Wittgenstein con los pensadores austríacos. El autor, que es una verdadera autoridad en estas materias, muestra cómo el pensamiento wittgensteiniano, a pesar de su innegable originalidad, sólo es comprensible en el marco de una filosofía específicamente austríaca que se extiende desde las obras de Brentano (del que a su vez Bolzano es un precursor) hasta los epígonos del Círculo de Viena, por lo que puede afirmarse que hay una tendencia general y preocupaciones específicas de estos autores que los distinguen de la filosofía alemana.

Ya en la obra de Brentano *Psychology from an Empirical Standpoint* (1874) hallamos postulada una filosofía que procede con el método de las ciencias naturales, es decir empíricamente, y que aplica el análisis lingüístico para deshacer falsos problemas filosóficos. Además, hay en ella una abierta oposición al 'método trascendental' y un marcado

realismo. Las ideas de Brentano tuvieron una enorme difusión por medio de sus discípulos, quienes las enseñaron en diversas universidades del imperio austrohúngaro. Haller señala minuciosamente estas líneas de influencia que se extienden a pensadores como Stumpf, Ehrenfels, Freud, Meinong, Lukasiewicz, Twardowski y, por supuesto, Husserl. Baste señalar que los subsecuentes sucesores de Brentano en su cátedra en la universidad de Viena fueron E. Mach, Ludwig Boltzmann, Adolf Stöhr y M. Schlick, en cuyas obras se halla una cierta continuidad temática y doctrinaria.

En cuanto al Círculo de Viena, el autor destaca tres puntos importantes y novedosos:

a) que su constitución se llevó a cabo en torno a un grupo original, cuyos integrantes (principalmente Hans Hahn, Philipp Frank y Otto Neurath) venían reuniéndose desde la primera década del siglo para discutir las ideas de E. Mach, y que mantuvieron posiciones relativamente independientes de los miembros que ingresaron posteriormente;

b) que los pensadores de esta escuela no sólo divergían entre sí respecto a muchos temas, sino que la mayoría de ellos no sostuvieron las ideas que tradicionalmente se atribuyen al grupo (entre las cuales señalaremos, por ejemplo, que todas las proposiciones significativas son en principio derivadas de la experiencia inmediata; o la idea de un progreso acumulativo en la ciencia);

c) que sólo críticamente aceptaron la filosofía de Wittgenstein, la cual fue objeto de controversias en el seno del grupo (hubo incluso quien, como Neurath, la rechazó casi por completo).

Sin embargo, los miembros del Círculo de Viena aceptaron tres concepciones básicas de Wittgenstein: su interpretación de los enunciados de la lógica; su teoría de las proposiciones empíricas, y su definición de filosofía.

En este sentido, Haller no contesta sino que más bien rechaza la pregunta ¿fue Wittgenstein un neopositivista? al juzgar que el término 'neopositivista' es demasiado ambiguo y encubre divergencias que no conviene pasar por alto.

Otro capítulo del libro reseña las principales aportaciones de Mauthner a la filosofía del lenguaje, en el afán de esclarecer el conocido parágrafo del *Tractatus* que hace alusión a este pensador. Allí, Haller muestra nuevamente cómo Wittgenstein es heredero de una larga tradición filosófica austríaca, en cuya historia debe considerarse a Mauthner, a pesar de que su vida tomó finalmente otros derroteros.

Mauthner se opone a Kant al postular como propedéutica de toda crítica de la razón un análisis del lenguaje, pues para él no existe el pensamiento al margen del lenguaje. Las palabras son meramente etiquetas para nuestras impresiones sensibles y, por ello, resultan inadecuadas para penetrar en la naturaleza de la realidad. El lenguaje es un fenómeno contingente. Así, dice Haller que "a los ojos de Mauthner cualquier intento de inventar un 'lenguaje catálogo del mundo' es, entonces, utópico; los propósitos de Raimundo Lulio, J. Wilkins o Leibniz estaban desde el principio condenados al fracaso. En realidad, esto abarcaría también el programa del *Tractatus* en tanto que se propone el uso de un 'lenguaje simbólico' para eliminar 'las confusiones elementales', tan frecuentes en el lenguaje ordinario".

En las obras de Mauthner aparecen las mismas preocupaciones temáticas y se anticipan muchas tesis, tanto del *Tractatus* como de las *Investigaciones Filosóficas*. Hallamos en ellas claramente expresadas dos tesis que se suelen atribuir tradicionalmente a Wittgenstein. La primera es que la filosofía no puede ser un conjunto de doctrinas, pues en tal sentido sería un intento fracasado de decir lo inefable. En cambio, mediante la crítica del lenguaje espurio, debe conducir a la experiencia mística del silencio. La segunda se resume en la afirmación "el lenguaje no es ... un objeto a ser empleado, ni es un objeto del todo, ni es otra cosa sino su uso". Por ello, según esta concepción, la verdad debe buscarse en el lenguaje, que expresa los intereses de la gente que lo creó, y no en el acuerdo entre el pensamiento y la realidad.

En este mismo capítulo, Haller cuestiona la conocida división de la obra de Wittgenstein en dos etapas irreconciliables, representadas cada una de ellas por el *Tractatus* y las *Investigaciones*, respectivamente. Argumenta con razón que ese esquema corresponde a una época en que los escritos wittgensteinianos, en su mayoría, no habían aún sido publicados. Actualmente no sólo se han difundido ampliamente por todo el mundo, sino que empieza a ser posible colocarlos en un transfondo histórico más amplio que facilita su comprensión. Desde este nuevo punto de vista, es más correcto hablar de una evolución de pensamiento, en la que algunos elementos se transforman mientras otros permanecen inalterados, que de una cesura que haga de Wittgenstein un caso análogo al de Kant antes y después de 'despertar de su sueño dogmático'. Los argumentos del autor consisten en contrastar las diferencias teóricas importantes entre el *Tractatus* y las *Investigaciones Filosóficas* con las semejanzas existentes en ambas obras, haciendo énfasis en estas últimas. Asimismo, cita numerosos

pasajes de escritos intermedios, sobre todo de los *Philosophical Remarks*, que muestran un tránsito o un puente entre las dos posiciones.

Haller dilucida también las poco conocidas influencias de Weininger y Spengler sobre Wittgenstein. En cuanto al primero, asevera que a él debe Wittgenstein su concepción de las relaciones entre la lógica y la ética, y sus preocupaciones en torno al solipsismo (que muchos atribuyen a su lectura de Schopenhauer). Por lo que hace al segundo, la cuestión es un poco más compleja, pues aunque Wittgenstein lo coloca en la lista de los autores que en mayor medida influyeron en él, lo cita en cambio muy pocas veces. Además, el estilo general de ambos pensadores no parece guardar mucha semejanza, excepto, como señaló von Wright, en un fuerte pesimismo y desencanto respecto a la cultura occidental.

Sin embargo, Haller propone otra interesante solución, a saber, que Spengler engendró un nueva línea de pensamiento o un nuevo método que Wittgenstein retomó y condujo a su plena realización. Según esto, aquel modo de aproximarse a los eventos históricos, como a todo lo orgánico y vivo, que aparece en la *Decadencia de Occidente* y se contrapone al proceder de la ciencia natural, habría sugerido al autor de las *Investigaciones Filosóficas* el método adecuado para el estudio de los juegos del lenguaje. En apoyo de su tesis cita varios pasajes de ambos filósofos en los que se aprecian similitudes conceptuales y metodológicas muy marcadas, tales como:

a) la sustitución de generalizaciones — que anulan los contextos en donde suceden los hechos — por el estudio de casos particulares y proto-fenómenos;

b) un claro desdén por el uso del método causal, responsable de que muchos filósofos busquen explicaciones cuando deberían simplemente describir;

c) el concepto de destino. Haller señala que la noción de existencia destinada, que tanto empleó Spengler, fue la que condujo a Wittgenstein a la idea de 'forma de vida'.

Desde 1962, cuando Stanley Cavell sugirió la existencia de un paralelo entre el método trascendental y las investigaciones 'gramaticales' en el sentido de Wittgenstein, no ha sido insólito que se califique de neokantiana la filosofía de este último. Haller examina las razones que podrían aportarse en apoyo de tal atribución. Señala primeramente que, en todo caso, se trataría de un simple esquema interpretativo conducente a la mejor comprensión del pensamiento de

Wittgenstein y no de un intento reduccionista de relativizar su originalidad. Es cierto que algunos pasajes de las *Investigaciones Filosóficas* contienen tácitas alusiones a Kant, y que varios de ellos podrían sugerir la interpretación de Cavell. Así, por ejemplo, en el párrafo noventa se lee: "... nuestra investigación, sin embargo, no se dirige a los fenómenos, sino, como pudiera decirse, a las 'posibilidades' de los fenómenos". Aunado a ello está la caracterización de la gramática como lo que expresa la esencia, o la que dice qué clase de objeto es algo (lo que ninguna investigación meramente empírica podría hacer). Haller muestra que las diferencias entre ambos proyectos filosóficos son lo suficientemente grandes como para que la equiparación lleve a otro resultado que el de resaltar precisamente sus peculiaridades. Señalemos simplemente dos de las grandes divergencias que Haller apunta: para Kant las condiciones de la experiencia están dadas *a priori*; para Wittgenstein toda la experiencia podría haber sido diferente de como es: no hay necesidad empírica, sólo lógica. Difieren además en sus concepciones de la causalidad. En la obra del filósofo de Königsberg se trata de uno de los conceptos puros del entendimiento; Wittgenstein la explica en términos de los juegos del lenguaje en que esa noción aparece.

Tales son algunos de los interesantes temas que el profesor Rudolf Haller analiza en este libro. Se trata de una obra que ofrece una contribución importante al estudio del pensamiento wittgensteiniano. Primeramente, porque explora una vía de investigación relativamente poco conocida, a saber, la de situar sus ideas en el contexto de la tradición intelectual austriaca de principios de este siglo y finales del anterior. En segundo término, porque, dentro de esta línea (también intentada por Janick y Toulmin) aporta tesis novedosas, como las que hemos reseñado respecto al Círculo de Viena.